

19 de marzo de 2012  
Solemnidad de san José

Hermanos y hermanas en el Señor:

En este día en el que la Iglesia celebra a su Protector y la Orden a su Padre y Señor, como gustaba llamar a San José Santa Teresa, me dirijo a todos vosotros, miembros de nuestra Orden, para compartir mis sentimientos en ocasión de la muerte, el pasado 16 de marzo, de ese otro padre que para todos ha sido fr. Camilo Maccise, General de la Orden entre 1991 y 2003.

Al recibir la noticia de su fallecimiento he tenido, como creo nos habrá ocurrido a todos, sentimientos diversos: el dolor por la pérdida, la acción de gracias por una vida entregada al Carmelo, la esperanza en la resurrección que nos dará la gracia de volvernos a encontrar, la admiración ante quien, como hijo de Santa Teresa, afrontó la muerte con la misma fortaleza, fundada en su confianza en el Señor, con la que había afrontado la vida.

Cuantos de nosotros hemos tenido la fortuna de conocer al P. Camilo Maccise, podemos dar fe de cuánto cautivaba su mera presencia, que se imponía a todos por la vivacidad de sus ojos y el calor que transmitía con su sonrisa. Ante el P. Camilo, nadie podía sentirse inferior o excluido. Su capacidad de acoger al otro se acentuaba gracias a su prodigiosa memoria -que le ayudaba a retener los nombres de las personas y las situaciones en las que las había conocido-, y su conocimiento de los idiomas. Me parece que estas características no eran tanto dones naturales o resultados de su trabajo, sino frutos de su deseo de acoger y comunicar, de crear familia y amistad a su alrededor, al estilo teresiano. En el fondo, el P. Camilo hablaba la lengua más importante: aquella que nace del corazón y es capaz de derribar cualquier barrera.

Esta actitud, a mi parecer, presidió y dio sentido a su ejercicio de gobierno como General al servicio de la Orden. Durante el mandato del P. Felipe y gracias a su impulso, la Orden conoció una expansión notable. El P. Camilo supo continuar esta línea, extendiendo universalmente el estilo de familia que constituía la impronta característica de sus relaciones personales. Promovió el conocimiento y la colaboración entre todas las Circunscripciones de la Orden y su Centro, y ello a nivel profundo, mediante la celebración de encuentros de diverso tipo, destinados a acrecentar la comunión entre los hijos de Santa Teresa.

Paralelamente, este sentido de familia se extendió también a las monjas, de las que se sintió siempre hermano y servidor, procurando tener con ellas un estilo renovado de diálogo. También se preocupó de que la Orden se abriera a su dimensión laical, trabajando para que la vocación de los miembros de los Carmelitas Seglares fuera apreciada y profundizada, así como la de otros grupos que comparten o se inspiran en nuestra espiritualidad.

Junto a John Chalmers, O. Carm, también recientemente fallecido, retomó la relación con nuestros hermanos del Carmen. Ambos la impulsaron muy fructíferamente, a través de las reuniones entre los Superiores Mayores y sus Consejos, de las cartas dirigidas a ambas Órdenes y de otras iniciativas. Era, una vez más, el espíritu de comunión y de familia lo que le impulsaba a fomentar estas relaciones.

Así, en una continuada expansión, como en círculos concéntricos, la personalidad y la calidad humana y espiritual del P. Camilo le permitió reforzar los lazos con las congregaciones

hermanas y, fuera de las fronteras de nuestra familia, su actitud de servicio y comunión hizo que fuera, por dos mandatos consecutivos, elegido presidente de la Unión de Superiores Generales.

En fin, como dije en la carta de pésame dirigida al P. Provincial de México, Enrique Castro, muchas cosas en la Orden no hubieran existido o hubieran se habrían hecho de manera diferente, si el Señor, en su infinita misericordia, no nos hubiera dado el don de su persona.

Amante de la Palabra de Dios, hombre evangélico, conmueve escucharlo en el video en el que se despide de toda su familia, la familia teresiana. Comparte con nosotros las citas bíblicas que han tejido su vida espiritual y también aquello que ha aprendido de nuestros Santos Padres y de otros Santos del Carmelo. Ese testimonio es su último regalo en esta tierra a nuestra Orden, a la que tanto amó y sirvió, como amó y sirvió a la Iglesia, poniendo a su disposición todos sus dones, todo su entusiasmo vital y también el buen humor, del que él gustaba decir jocosamente *es como la cuarta virtud teologal*.

Ahora que nos ha dejado, nos toca seguir su ejemplo, asumiendo cada uno nuestra propia responsabilidad. Vivir como él vivió, en obsequio de Jesucristo, fijos los ojos en el ideal que nos presenta el carisma teresiano, para poder finalmente morir como él murió: asumiendo incluso la enfermedad como un *don de Dios*, como un tiempo para el encuentro y la acción de gracias. Sólo desde una profunda experiencia de Dios que nos lleve a la entrega total a los otros a imagen de Cristo, podremos asumir las cargas que nos impone la vida con auténtico sentido evangélico, como hizo el P. Camilo.

Quiero agradecer a todos aquellos que me han hecho llegar su pésame en estos días; ellos testimonian el bien que el P. Camilo ha sembrado en los días de su vida terrena y que es imposible sintetizar en estas pocas líneas.

Termino pidiéndoos que os unáis a mí en el poner la vida del P. Camilo en las manos de Dios, fiados en la intercesión de la Madre del Carmelo, de San José y Santa Teresa, de todos los Santos del Carmelo. Podemos confiar ciertamente que el P. Camilo, unido al Carmelo que nos contempla desde la Iglesia triunfante, seguirá siendo un ejemplo luminoso para nosotros, que continuamos caminando, como peregrinos, en medio de las vicisitudes de este mundo.

Hoy es, y continúa siendo, *tiempo de caminar...*

En Cristo vuestro:

Fr. Saverio Cannistrà, ocd  
*Prepósito General*